

SANTIAGO AGRELO  
MARTÍNEZ



Nace el 20 de junio de 1942 en Asados, municipio de Rianxo, provincia de A Coruña.

Estudió Humanidades en el Seminario franciscano de Herbón (1953-1958) e hizo el Noviciado en el convento franciscano de San Francisco de Santiago de Compostela (1958-1959).

Estudió Filosofía en el Centro de Estudios en Pontareas y Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca. Se ordena sacerdote el 13 de agosto de 1966.

Desde 1967 a 1969 completó los estudios de Teología, con la especialidad en Liturgia, en el Pontificio Ateneo Anselmiano de Roma y en 1975, obtuvo el título de Doctor en Sagrada Teología.

De 1970 a 1986 fue Profesor de Liturgia en el Pontificio Ateneo Antoniano, de Roma.

Fue Visitador General y Presidente del Capítulo que la Provincia de los Santos Mártires de Marruecos de Portugal celebró en 1992; Visitador General del Pontificio Ateneo Antoniano de Roma, del Estudio Bíblico de Jerusalén y del Instituto de Estudios Euménicos de Venecia en 1998; Visitador General y Presidente del Capítulo de la Provincia Franciscana de la Santa Fe de Colombia de 2001-2002.

Es nombrado Arzobispo de Tánger (Marruecos) por el Papa Benedicto XVI el 11 de abril de 2007.

Tiene numerosas publicaciones y artículos en favor de los inmigrantes, entre otros *"Emigrante, el color de la esperanza"*.

**"Monseñor Agrelo se ha convertido en una de las voces más proféticas de la Iglesia por su defensa de los inmigrantes"**.

# AMAR PARA VER. VER PARA AMAR.

**H**ablo de los emigrantes.

Cuando llegué a Tánger, ellos estaban allí, a la puerta de casa: Cada noche, a las tres-cuatro de la madrugada, llamaban a la puerta del obispado para 'coger sitio' en la fila de Cáritas parroquial...

Se les abrían las puertas: se abrían por ellos, por los vecinos que podían molestarse con aquella presencia ruidosa en la calle, y por las autoridades que podían impedirlos.

Jamás esas puertas abiertas dieron lugar a una invasión de la casa, jamás los que entraban por ellas representaron un peligro para los de dentro, jamás dieron motivo para una queja, jamás...

Y cuando los emigrantes salen de la casa, ya nunca la dejan del todo; en realidad se quedan dentro de muchas maneras, pues queda la memoria de sus relatos, sus necesidades, sus rostros... queda su mundo, que se hace nuestro mundo.

Al confiarme el cuidado de la Iglesia de Tánger, el Señor ha puesto en la dote esa valla natural que es el Estrecho de Gibraltar, y las vallas nada naturales de Ceuta y de Melilla. La ceguera razonada de los poderosos ha hecho de ellas tres barreras contra la esperanza, tres muros contra la justicia, tres espacios de prepotencia orgullosa contra una humanidad indefensa, una humanidad inocente —no angélica—, una humanidad condenada a sufrimientos atroces que nadie permitiría se infligiesen a un animal.

Hace muchos años que a este lado de las vallas Cristo continúa padeciendo su pasión, acosado por el poder constituido, abandonado de los suyos, y despreciado por los que creen haber nacido dueños de la tierra y con la sola misión de cuidar de sí mismos.

El Cristo de este calvario es negro, y negro le llamarían hoy a Jesús de Nazaret los que en su día le llamaron samaritano, los mismos que ayer y hoy lo persiguen, le escupen, lo cargan de sufrimientos y lo crucifican.

Si nos quedase un corazón de carne, reclamaríamos con todas nuestras fuerzas el fin de este crimen. Pero el corazón se nos ha





esclerotizado, la razón se nos ha embotado, y hemos anulado los sentidos, para no ver al que lleva la cruz, para no oír su grito, para que no nos moleste el olor de la miseria.

Y lo que es aún peor, políticos, tertulianos y predicadores justificamos el crimen, y con ello hacemos imposible que se deje de cometerlo.

Con frecuencia inquietante, el mar saca a la luz cadáveres de emigrantes. Necesitamos hacer visibles a los que todavía está en nuestras manos salvar.

En los últimos años el calvario de los negros se ha llenado de menores no acompañados. Los MENA son una evidencia en estas fronteras. Todavía no han empezado a vivir, y ya conocen horrores de la vida que yo nunca he conocido.

En ese calvario de cristos prescindibles, la mujer no es sólo espectadora doliente de la agonía del amigo o del hijo: ella es también la crucificada: «La mayoría de las mujeres en los caminos de la emigración, son mujeres solas... aunque algunas de ellas sean mujeres con hijos. Son mujeres que vienen huyendo de la violencia en su país, en su familia, en su pareja. Durante el viaje migratorio están expuestas a todo tipo de violencia y abusos sexuales. Esta situación no cambia una vez que están en Marruecos. Se ven obligadas a padecer abusos y maltrato por el miedo a encontrarse solas. La violencia se agrava por el hecho de encontrarse la mujer en situación irregular... La situación de bloqueo en la que viven los inmigrantes en Marruecos dada la imposibilidad de

continuar su viaje migratorio y la imposibilidad de retornar a su país de origen, les hace vivir una situación de desprotección y abandono con sentimientos de frustración y de desesperanza» (*Memoria de la Delegación de Migraciones*, 2015).

Seguramente que la fragilidad de los niños, la vulnerabilidad de los menores y la indefensión de las mujeres tocan más fácilmente nuestra sensibilidad. Pero la justicia no es menos violada si consideramos el sufrimiento que se inflige a los varones adultos.

Por gracia, la Iglesia de Tánger ha sido llamada a acoger, escuchar, ayudar, abrazar a estos hijos de Dios, que nada tienen y que parecen hijos de nadie.

Por gracia, a mí se me ha encomendado la tarea de aportar alimentos y protección contra el frío a los emigrantes que sobreviven en los bosques de Beliones, en los alrededores de Ceuta. Lo que dejo allí son víveres, mantas, plásticos, calzado, algunas palabras, muchas manos estrechadas, a veces abrazos. Pero el monte de Beliones, con sus chicos y sus sufrimientos, si una vez entras en él, se viene a casa contigo. Precisamente porque los chicos quedan allí, a la intemperie, sin nada y sin futuro, precisamente por eso se quedan conmigo, y son una memoria que condiciona mi vida personal, mis homilias, mis cartas y mi relación con las instituciones.

He dicho: «si entras en él»; que es lo mismo que decir: si ves con los ojos del corazón a quienes allí sobreviven.

## “Me pregunto de qué Cristo hablamos si no hablamos del que vive en los hermanos, del que padece en los emigrantes, del que pide ser acogido y es rechazado”

Los emigrantes son hoy mi Iglesia humillada, mi Iglesia martirizada, mi Iglesia crucificada.

Y por esa Iglesia emigrante de las fronteras puede hacer mucho la Iglesia que es emigrante –peregrina y extranjera– en España.

No lo necesito yo, lo necesitan los pobres: una Iglesia ungida por el Espíritu del Señor y enviada a llevar a los pobres una buena noticia; una Iglesia iluminada por Cristo, curada y capacitada para abrir los ojos de la sociedad, de modo que se vea la violencia constante y atroz que, en nombre de la legalidad, en nombre de la seguridad –nunca en nombre de la justicia–, se ejerce contra los emigrantes.

En esa misión eclesial de abrir ojos, de curar cegueras, ejerciendo el poder que el Señor nos ha dado de iluminar y sanar, el instrumento de que disponemos es la palabra pronunciada desde la fe: la palabra de los maestros, la palabra de los predicadores, la palabra de los profetas. Yo diría que hasta los mudos tendrían que clamar para echar luz sobre la vida de los pobres.

Me pregunto de qué Cristo hablamos si no hablamos del que vive en los hermanos, del que padece en los emigrantes, del que pide ser acogido y es rechazado. Me pregunto qué eucaristía adoramos si a Cristo lo despreciamos en su humanidad; qué eucaristía recibimos si a Cristo no lo acogemos en su cuerpo que son los pobres. Me pregunto qué credo profesamos si nuestra confesión no nos permite reconocer a Dios en sus hijos necesitados.

Y en esa tarea de abrir ojos, de iluminar mentes, de sacudir conciencias, entiendo que un papel irrenunciable le corresponde a los medios de comunicación de la Iglesia. Mientras en esos



medios no sea reconocible de forma inmediata y constante el abrazo de la comunidad eclesial a los crucificados de las fronteras, para esos crucificados habrá un consuelo menos, una esperanza menos, una angustia más, una soledad mayor... Y hoy ese abrazo no es reconocible... No sólo tengo la muy triste sensación de que en esos medios se razona –entiéndase que se justifica– la exclusión de los emigrantes, se tapa el sufrimiento que padecen, se ignoran los derechos que se les impide ejercer, mientras se apoyan y bendicen las políticas que los martirizan.

Si hablase a políticos, no dejaría de apelar al evangelio, pues aunque no lo conozcan, no deja de estar escrito para los pobres y para ellos.

Aquí me dirijo a creyentes, y a ellos les digo: Si no encontrásemos otras luces para discernir con quién hemos de estar, nos bastaría la fe en Cristo para saber que él nos visita en los pobres, que él nos ha ungido con su Espíritu y nos ha enviado a los pobres, que se nos ha de encontrar siempre cerca de los pobres y lejos del poder.

Que no me falte el amor para cuidar a quien la fe me ha permitido ver.